

Noticiario

EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA BAQUEDANO

Puede decirse sin incurrir en error que en Chile no existe literatura infantil,—salvo uno que otro cuento desperdigado en diarios y revistas,—escrita con elementos de la tierra en la que el niño aprenda a conocer algo de lo que es su propio país y cuanto hay de interesante en sus costumbres.

Tenemos una dilatada costa en donde habitan gentes de cuya existencia, el niño chileno que vive en las ciudades, nada sabe. Con la cordillera, las selvas, la pampa salitrera, las islas y la región austral, zonas de marcado relieve por su clima y configuración geográfica ocurre igual cosa. Los textos oficiales de enseñanza nada le hablan al chico que se sienta en el banco de un colegio, acerca de cuánto hay de típico en esas tierras en las cuales tiene una idea confusa y absurda. Y lo peor es que crece sin sentir la inquietud de conocerlas. Vive ajeno al sentimiento de lo autóctono, al latido del alma nacional disperso en esta interminable sucesión de rincones que es Chile, cada una con sus pintorescas peculiaridades. El indio, el chilote, el pampino, el serrano o el costino tienen su pequeño mundo interesante. Junto a ellos hay un pájaro, un árbol, un animal, una planta que no es conocido en otra región; y hay también una leyenda, una superstición, impregnados de ese

perfume que surge de la tierra y da una modalidad especial, a los habitantes que animan el paisaje con su signo vital.

Francisco Coloane, incorpora esos elementos de la vida nacional en este relato ameno en el que cuenta las aventuras de Alejandro Silva, un chico que se esconde en el pañol de la Baquedano, poco antes de zarpar a la costa del extremo austral y de esta manera logra formar parte de la tripulación de la «Chancha» como llaman cariñosamente a la corbeta los marineros.

El relato se desarrolla con admirable facilidad, dentro de la existencia normal que hace la gente de a bordo. El niño va con la ilusión de encontrar a un hermano que se marchó de la casa, y por cuya ausencia suspira la madre día y noche. Su estreno de vigía, o «tope» como se llama en la jerga marinera, al grumete que se encarama en lo alto de la coña del trinquete, para escudriñar el horizonte, da lugar a graciosas incidencias. Luego hay la descripción de una tempestad en la que el autor tiene la oportunidad de demostrar sus conocimientos náuticos, sin recargar el relato con fatigosas descripciones. Coloane no olvida que es un relato escrito para los niños y en todo momento está atento a la intención que se propuso, dándole la mayor claridad y atractivo a la pintura de los parajes en que toca la nave.

Así, en forma sencilla, objetiva y directa, los pequeños lectores, para quienes Coloane escribió, consiguen formarse una idea bien nítida de lo que es el sur de Chile, con sus canales y ventisqueros, con sus cazadores de nutrias y de ballenas. Un Chile que es todo novedad para los niños—y también para los grandes—que viven en la zona central y en el norte del país.

LA SUCESORA

Alrededor de esta novela de la escritora brasileña Carolina Nabuco, que ahora acaba de publicar en Chile, Zig-Zag, en una

hermosa edición, se suscitó un bullado asunto. Se dijo que el libro de Carolina Nabuco, había sido plagiado por la novelista inglesa Daphne du Maurier, que en «Rebeca» desarrolla un tema casi idéntico, en el conflicto amoroso, aunque el escenario y el ambiente, como es de presumir si se compara en este aspecto al Brasil con Inglaterra, es totalmente distinto.

En realidad el parecido de ambas novelas es asombroso. Sólo que en «La Sucesora», en lugar de la antigua y noble posesión de Mánderley, con sus parques señoriales, el drama interior de estas almas transcurre en una hacienda que se llama Santa Rosa, en donde hay negros que trabajan en los plantíos e ingenios bajo la caricia insistente y cruel de un sol de fuego. Aquí la señora de Winter se llama Marina, y Rebeca es Alicia.

Pero en los demás detalles del argumento las dos novelas coinciden en tal forma, que realmente el lector concluye por creer que es indudable la relación que entre ellas existe. Alicia, la primera mujer de este millonario brasileño que tiene grandes haciendas donde hay extensos cafetales y bosques de palmeras, era como Rebeca una mujer mundana, amante de la ostentación y de las fiestas sociales. Su retrato lo hace Verron, un célebre pintor francés, según la novelista brasileña, y cuando Marina llega al gran salón de las casas de la hacienda, lo primero que ve es la mirada de unos ojos negros y brillantes, una mirada que la acoge con cierta gentileza que dice a la recién llegada que esa es la casa donde vivirá, pero la reina será siempre ella. La Sucesora cree ver en los ojos del marido, el saludo que se le hace a la verdadera compañera de una vida. Y así como esta siguen las coincidencias que, naturalmente, en muchos pasajes difieren, pero que en los acontecimientos culminantes tienen una semejanza notable.

Carolina Nabuco escribe con gran amenidad y ofrece al lector de América el encanto de panoramas y paisajes que en literatura son menos conocidos y más originales. Su estilo es coloreado, cálido, lleno de animación y de simpatía para las co-

sas de la tierra. Y sus personajes respiran el aire de América, que para nosotros, americanos, es un antecedente de gran importancia dentro de la creación literaria indoespañola.

LA FUGA DE ABDUL HAMID

El último príncipe de la dinastía del gran Osman, que gobernó a Turquía, fué Abdul Hamid a quien se le llamó el Sultán Rojo, seguramente por la mucha sangre, que manchó su reinado despótico y cruel, pues fué esa época en que ningún turco con dignidad se sentía con la cabeza segura sobre sus hombros.

El triste epílogo de ese lapso de tiranía, es el que narra esta novela traducida al castellano por el escritor Benedicto Chuaqui, vastamente conocido en el ambiente literario de nuestra capital. Por la manera de relatar, se ve que el autor de esta novela, Loria Beck, es un periodista que trata de suscitar en el ánimo del lector, el interés apasionante de una serie de enredos que se originan a raíz de la deposición de Abdul Hamid. La persona del ex Sultán comenzó a ser para los Jóvenes Turcos, triunfantes en esa revolución, una especie de brasa en la mano, pues su presencia en una de las prisiones de Stambul, daba lugar a los más fantásticos rumores que amenazaban la estabilidad del flamante Gobierno.

Estas circunstancias determinó el traslado del Sultán destronado a Salónica, en donde se le da como prisión permanente el Palacio de Hateni, situado en los alrededores de la mencionada ciudad y muy cerca de la costa,

Es entonces cuando el escritor turco, Loria Beck, comienza a mover sus personajes. Un marsellés de cabeza afebrada quiere dar un golpe periodístico en el diario donde trabaja. Una feliz circunstancia favorece sus planes, pues se impone de la hora y demás detalles de la llegada de Abdul Hamid a Salónica. Esa noche sigue en una bicicleta el coche que conduce al monarca, el cual le tira un billetito en el que le ofrece cien

mil libras turcas a quien se arriesgue a salvarlo de su prisión.

Esta proposición enciende la fantasía meridional de Tardei, así se llama el marsellés que hace periodismo en Salónica. Y es en este punto del relato cuando comienzan las intrigas y el desarrollo de todo el engranaje de hechos que conducen al objetivo. La novela tiene una gran animación y livianura, pues en cada página se va aumentando el interés de saber si aquellos planes culminarán en el éxito.

Benedicto Chuaqui, el traductor, ha hecho de esta obra una excelente traducción, en una buena prosa castellana. «La Fuga de Abdul Hamid», lleva con ésta, una segunda edición en Chile. La obra ha sido publicada en un hermoso volumen, con una portada del dibujante chileno Ramón Valenzuela.

ON PANTA (2.^a edición)

A Mariano Latorre se le ha criticado, con majadera insistencia, que va al campo con una máquina fotográfica y con una libreta de apuntes para hacer en seguida sus novelas, frente a la fotografía y con la libreta al lado. La ocurrencia es bien poco ingeniosa, porque en seguida los mismos que le hacen tal cargo le critican que se deja arrastrar por su excesiva facilidad para describir el paisaje. Destruyen de esta manera, ellos mismos, el cargo que le hacen a este escritor, que ha demostrado tener un concepto bien claro de cuál es la misión del creador artístico.

Describir el paisaje, dar la sensación plena de la naturaleza en libertad con toda su infinita diversidad de aspectos es facultad que no todos los escritores poseen. Revela desde luego capacidad para dar la sensación auténtica del ambiente en que el autor sitúa a sus personajes. Y para que el ambiente tenga su verdadera expresión es necesario que el autor conozca el nombre de los árboles, de las flores; de los animales, insectos y de todo cuanto contribuye a dar al escenario el valor

de una realidad que no está desfigurada, ni se crea arbitrariamente, sin respeto alguno hacia el lector, que no sólo ambiciona experimentar con la lectura un momento de esparcimiento sino que al propio tiempo conocer lo característico que hay en la región que se describe.

No es posible que el escritor que pretende dar a conocer a su tierra, siga diciendo: «los pájaros cantaban; los árboles destacaban su masa verdinegra en medio del campo; una nube de insectos llenaba de rumores el bosque». En esa forma el trabajo del artista se aleja por completo de la fisonomía propia que debe darle al ambiente, pues pájaros, árboles e insectos hay en todos los rincones del mundo.

Mariano Latorre, en sus bellas creaciones le ha puesto el alma verdadera a la tierra chilena; en su paisaje hay un roble, un mañío o un alerce, en el sitio que le corresponde. Así procede para pintar las costumbres, el lenguaje y la manera como se visten los personajes de sus novelas. Y esto a veces hay que anotarlo, pues de otro modo el escritor se expone a decir disparates. Zola, cuando pintaba escenas de la vida de los obreros de París, explica con lujo de detalles cómo se planchaba una camisa de las señoras de esa época, por ejemplo. A cada utensilio le sabía su nombre. Todo eso necesitaba apuntarlo, pues no es creíble suponer que su cabeza hubiera sido una especie de kardex, capaz de retener el nombre de cuanta cosa pasaba con su tropel de vida por las páginas insufladas de grandeza de sus novelas. Conrad, Balzac, Tolstoi y, en general, los grandes maestros de la literatura demuestran la misma preocupación. Pintando un rincón cualquiera del mundo, por milagro de su genio creador daban universalidad a sus relatos. Ponían «sobre la dura realidad, el diáfano manto de la fantasía», de que hablaba el insigne Queiroz.

Y este ha sido, seguramente, el secreto del triunfo de Mariano Latorre, cuya obra de artista se ha impuesto totalmente en Chile, y es apreciada en toda América en la actualidad. En

«On Panta» sigue este autor fiel a su consigna: pintar a Chile como realmente es. On Panta vive en el Maule, y junto con describir su obsesión pueril, en la que, sin embargo, hay un símbolo evocador de un pasado de grandeza, Latörre lo sitúa en su ambiente verdadero. Y alrededor de este personaje chileno, que vive en tierra chilena, hay una emoción y un sentimiento estético universal.

COCA

Allá en las Yungas del Oriente boliviano, tierra ardida por el sol del Trópico, donde las pasiones se desatan súbitas, como inesperadas y violentas erupciones de volcán, ubica este joven escritor boliviano el escenario de esta novela.

Raúl Botelho Gosalves, escritor de indudable ascendencia portuguesa, publicó antes en Zig-Zag, la editorial en que ahora aparece «Coca», una novela titulada «Borrachera Verde», relato de la selva, que conoce bien a juzgar por las páginas en que a ella se refiere en esta obra de cuya aparición ahora damos cuenta. «Coca» es una novela de ambiente vernáculo, y en ella el autor describe la vida de hombres aventureros que se internan en esos territorios, empujados por el ansia de hacerse ricos lavando oro en la arena de esos ríos en donde pululan toda suerte de bichos, que ponen en peligro la existencia humana. Mas, la atracción del oro es una tentación demasiado fuerte para que esos hombres la rehuyan. Y allá se van dispuestos a vencer dificultades y peligros, que no sólo provienen de las fieras y alimañas de la selva sino que también del propio ser humano, que allí sólo obedece a los impulsos del instinto.

Y junto a esa atmósfera en donde la vida sólo aparentemente tiene un ritmo tranquilo, hay amores intensos y tempestuosos que como la naturaleza, en su orgía de lluvias y de sol que la secundan, se entregan furiosamente en un ritmo desesperado y sin freno.

La aventura pasional de Joaco Boa de Oliveira con la ebola Clorinda, se repetirá años más tarde entre su hija María Boa y el joven Alvaro, que ilusionado en busca de riqueza sólo encuentra amoríos que lo desgastan y, junto con eso, el vicio de la coca que lo embrutece totalmente.

«Coca» es un libro escrito en forma ágil, amena, flúida. Hay ojos de artista para ver las cosas del ambiente, riqueza emocional e interpretativa, aunque no mucha preocupación de estilo. Pero es un libro que refleja vívidamente una realidad bien conocida.

ROMANCES DE SANTIAGO DEL NUEVO EXTREMO

El romance, que por tanto tiempo permaneciera ausente de la expresión poética, y, que resucitara con tanta gallardía Federico García Lorca, con el brillo y modernidad que supo darle en el prodigioso caudal de sus imágenes; desató un verdadero aluvión de romanceros que han tocado después la cuerda en forma más o menos parecida.

Carlos René Correa, joven poeta de nuestra tierra, cuyos libros anteriores revelaron a un artista de calidad, no ha querido ser menos en esta reivindicación del romance y ahora publica, editado por Ercilla, estos «Romances de Santiago del Nuevo Extremo», en los cuales cuenta la fundación de nuestra capital y hace la historia episódica de ella. Y debemos reconocer que lo hace bien. El verso le nace fácil y expresivo, como corriente de aguas tranquilas que siguen su curso mansamente, pues no encuentra ningún obstáculo a su paso. Sin embargo, en el espejo de esa corriente se refleja todo lo que hay en sus orillas y lo que pasa por encima de ella.

Correa es un poeta objetivo que no carece de emoción. Una emoción suave, dulce y amorosa para evocar los hechos que le interesan como motivos acreedores a un romántico homenaje. Don Pedro de Valdivia, La Cañada, doña Inés de Suárez,

el Templo de Santo Domingo, el Huelén, los Serenos, y todo aquello que adquirió prestigio de leyenda en el recuerdo, tienen en este libro un romance perfumado por el tiempo. El poeta, influido por esa atmósfera de quietud, de misticismo y de engolamiento, que caracterizó a la época, nos da la impresión de haberse identificado con el ambiente. Hay en sus romances una sensación de amanecer que se insinúa en la débil luz que nace, y no permite ver el relieve, el verdadero y acentuado contorno de las cosas. Y esta sensación persiste a lo largo de todo el libro. Es posible que ésa haya sido la intención del autor. O es que no pudo sustraerse «al peso de la noche colonial», para animar a plena luz esa vida que se quedó a la orilla del camino que ha seguido la ciudad fundada por la audacia castellana, en un rincón del «napu» indígena y junto a ese cerro de Huelén, que en la lengua aborigen significa dolor. Y es precisamente junto a él, donde se inicia el dolor de una raza.

Correa impregnó de poéticas sombras sus leyendas de «Santiago del Nuevo Extremo». Y acaso sea ese su mérito. Siguiendo el impulso de su temperamento, no falseó su manera de sentir.